
TURQUÍA

EN LA

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

I.

El Oriente llama con gran poder nuestra atención, porque si está lleno de luz y de colores para los ojos, está lleno de sombras y de misterios para el espíritu. Se nos aparece el Oriente inundado de sol; teñido por todos los matices que puede mezclar la paleta más rica; surcado de rios sobre los cuales se deshojan á porfía las flores como si quisieran de intento perfumarlos y embellecerlos; cortado aquí y allá por bosques de palmeras bajo cuyas oscuras coronas levanta el granado sus claras hojas tachonadas de corales; lleno de mezquitas enriquecidas por el esmalte

del oro, el azul claro, el rosa inimitable, el verde esmeralda, la profusion de todos los tonos fuertes; adornado con sus tapices más ricos aun en vida y en color que sus jardines; adormecido por el opio, por la música melancólica y por el aroma voluptuoso que se desprende del pebetero de plata cincelada; y entre tanta vida, tanta luz, tantas armonías, tantos arreboles, cargado de una raza bellísima por su figura escultórica y por sus ojos profundos, pero sumida en una quietud soñolienta, apoplética que semeja mucho á la triste anticipacion de la muerte. Lo primero que me llama la atencion en las varias exposiciones orientales, y lo que más la fija, es el tipo vivo, el mensajero en carne y hueso que cada pais oriental nos ha enviado. No son estos como los japoneses y los chinos, unos séres raros, cuyas facciones chocan á nuestra vista y hieren nuestros sentimientos estéticos, sino hombres de viril hermosura; frente ancha, ojos negros, tez mate, boca grande, verdadera ventana, como todas las bocas grandes, del corazon franco, apuesta y elegante estatura, pelo negro y rizado que

parece una corona de ébano. El turco se viste á la europea, y solo toma como distintivo de su raza, el rojo gorro griego que contrasta admirablemente con el color profundamente oscuro y el brillo sedoso de sus cabellos. Pero los egipcios visten túnicas rayadas de todos colores, ceñidas á la cintura con fajas de sedas, sobre las cuales descansan los puñales y las pistolas adamasquinadas, túnicas admirablemente acompañadas por el alquicel blanco y el turbante grana; ese traje esencialmente artístico, ese traje de las razas religiosas, de las razas sacerdotales, de las razas que tienen el sentimiento del color y de la armonía. A la puerta del palacio del vi-rey habia ayer un negro. Su tez brillaba como si fuera de bruñido mármol. Sus facciones tenian toda la regularidad de las facciones europeas. Al través de sus lábios ligeramente abultados enseñaba los dientes de un marfil brillantísimo, una túnica de lino blanco, desceñida por completo de la cintura, caía desde su garganta en pliegues de tal gracia, que parecian como cincelados por un artista. Asemejábase á una figura de mármol blanco de Páros termina-

da por una cabeza de mármol negro, y destinada á embellecer la puerta de algunos templos donde duermen los dioses de la naturaleza ó de servir á alguna Cleopatra reina de Egipto, que pudiera levantarse del pié de las pirámides á la evocacion de los magos. Así en las exposiciones mentales vemos todo ese mundo del cual solo quedan en Andalucía las ruinas; ese mundo que Lacroix ha pintado, que Victor Hugo ha descrito, y que Zorrilla ha popularizado en España por medio de aquellos versos tan sonoros como el cimbrear de las palmas, cuando las agita el viento del desierto. Pero nos hemos propuesto visitar la Exposicion turca, reduzcámonos á Turquía.

II.

Tres son los edificios que en el Parque posee Turquía: unos baños, una mezquita, un pabellon de las orillas del Bósforo. Los baños con su cú-

pula sembrada de círculos por donde al través de los cristales entra el sol, me han recordado nuestros baños árabes de Córdoba, Sevilla y Granada. Pero les falta mucho á los baños turcos de la Exposicion para llegar hasta aquellos azulejos, llenos de inimitables laberintos de líneas esmaltadas con vivísimas deslumbradoras piedras de todos colores. Le falta mucho á la cúpula de estos baños, por hermosa que sea, para ostentar, como en Granada, las graciosas estrellas por donde entra la viva luz del Mediodía y que parecen recordadas de pedazos del firmamento. La mezquita es pequeña, pero muy graciosa. Todos estos edificios del parque son decoraciones de yeso. Y en estas decoraciones de yeso y ladrillo, si bien la ilusion es mayor porque la realidad es mayor que en las decoraciones de carton, el arte de un día no puede reproducir los tonos que dá el tiempo á los edificios, ni el parque puede darles el marco de un campo oriental ó de un barrio asiático. Una de las bellezas mayores de la arquitectura, es su conformidad con la naturaleza que la rodea. Es tan difícil trasplantar á Paris la Alhambra, como

es difícil trasplantar un limonero, un granado, una palmera. Si quereis ver estos hermosos árboles que en nuestras costas del Mediodía crecen al aire libre, habeis de verlos prisioneros entre los hierros y los cristales de una estufa, arrastrados como inválidos en grandes cajones de madera pintada de verde. No de otra suerte están sobre el campo de Marte los edificios del Oriente. No otra cosa que una planta de estufa es la mezquita construida por Mohammed I en 1412 y reproducida en el campo de Marte, á la derecha del puente de Jena y no lejos de los edificios ingleses. Su arquitectura es el género bizantino engrandecido por los adornos orientales. A cada lado de la puerta mayor hay como dos jaulas inmensas, con columnas de pórfido y rejas doradas. La una es para las abluciones. Allí está la fuente y allí están las cazuelas de hierro suspensas de cadenas doradas para recoger el agua. En estos indolentes pueblos orientales, se ha de elevar la limpieza á ser un precepto religioso. Y así todavía se lavan difícilmente. La otra especie de jaula es para colocar los relojes destinados á señalar

con exactitud las cinco horas precisas de las cinco oraciones fundamentales. En el vestibulo el musulman se deja las babuchas para entrar descalzo en el santuario de Dios. La cúpula está adornada de colores vivos y el suelo cubierto de alfombras asiáticas. En el fondo hay una especie de capilla donde las piedras son de colores más vívidos y los adornos de más esplendor. Es el mihrab, el punto que indica la direccion de la Meca, del sepulcro donde tienen puestas los mahometanos todas sus esperanzas religiosas, fuente perenne de sus creencias. Puede decirse que dos sepulcros dominan hoy el mundo moral: el sepulcro de Mahoma el Oriente, y el sepulcro de Cristo el Occidente. A la derecha de la puerta mayor hay una tribuna que se asemeja mucho á nuestros púlpitos góticos. El skiosco del Bósforo es indudablemente uno de los edificios que tienen más gracia y más coquetería en el parque. Es necesario verlo para comprender toda su belleza. En el suelo vistosas alfombras; en las paredes tapices de todos colores; al pié de los tapices muebles, cojines de damasco riquísimos; en frente de los co-

gines las mesitas con sus grandes pipas y sus bandejas de oro llenas de tazas de café; en el centro de la estancia la fuente que arroja á los aires agua de esencia de azahar y de rosas, la cual cuando cae en el pilon de mármol juega, con los pececillos, y en la alta cornisa una galería de agimeces con vidrios admirablemente pintados, al través de los cuales penetra la luz oriental como una lluvia de reflejos, de esmaltes y matices, como una orgía de colores. Pero digo lo de siempre: no es aquí donde han de verse estos edificios, sobre el suelo cubierto de barro, bajo un horizonte velado por nubes pardas, entre chimeneas ahumadas por el carbon de piedra, ó bosques de un color oscuro. Es necesario verlos alzándose en scutaris, sobre terrazas de una gradería inmensa, á cuyas piedras se agarran los jazmines, las pasionarias y los rosales de Oriente; teniendo á las espaldas el Asia y sus colinas sembradas de cipreses y de mirtos, bajo cuyas ramas se elevan los blancos sepulcros mahometanos; en frente la severa línea de las costas de Europa y las lejanas montañas cubiertas de una gasa celeste por las

refracciones maravillosas de esa maga de los paisajes que se llama la luz; á las puertas el agua dormida como un lago jugueteando con las barcas que despliegan sus velas, tan blancas como las alas del cisne; á los piés Constantinopla, con sus cúpulas doradas y sus minaretes y sus palacios, y sus terrados llenos de macetas, y sus melancólicos jardines y sus mezquitas de mil colores, y sus templos bizantinos; halagados todos los sentidos; el olfato por los perfumes del pebetero y por los aromas de los campos; el oído por los cánticos de las jóvenes musulmanas, mezclados á los agudos gritos del cierzo; y la vista por aquel cielo y aquel mar que al unirse y besarse en los confines del horizonte parece que pintan con su reflejos lo infinito en el espacio, y que ocultan un mundo no señalado de poesía en sus deslumbradores arreboles.

III.

Se entra en la Exposición otomana desde el parque ó bien por la calle de Africa ó bien por la calle de Rusia. La galería de las máquinas puede ofrecer poco de particular, porque no son estos los pueblos fabriles capaces de luchar con la naturaleza hasta metamorfosearla en un cilindro y robarle sus fuerzas en una caldera con émbolos ó una rueda. Dos máquinas hay. Es la una el telar antiguo de tejer tapices, y es la otra una máquina no ménos primitiva de moler el grano. En la sección de materias primeras, Turquía ha expuesto una infinidad de minerales: plomo, plata, oro, hierro, mercurios, zinc, sales de la Trácea, de la Thesalia y de las lagunas del Danubio. Tienen estas tierras un prestigio histórico tan grande que atraen el ánimo á contemplar sus productos. Parece que mirando algo de ellos se nos ha de pegar necesariamente una de las inspiraciones que

ese suelo brotaba, digámoslo así, espontáneamente. Hay azufres de Jerusalem y un grande cristal de amatistas que proviene de Salónica. Los mármoles de Panderma llaman la atención por sus varios brillantísimos colores. Hay jaspes de maravillosas tintas. Los artistas franceses han presentado muebles europeos, como chimeneas, consolas y relojes de este maravilloso jaspe. Tienen también los turcos una gran riqueza forestal, y esencias embriagadoras y pieles apreciabilísimas. En botellas oscuras se ve el antiguo vino de Chipre, con el que se embriagaba Anacreonte; en blancos tarros la miel de Chio que alababa Horacio. Damasco, Alepo, exponen blancos algodones; riquísimas lanas Esmirna. En la sección de menajes y de vestiduras hay preciosísimos objetos. Cincelan con un arte exquisito desde las armas del cazador hasta el brazalete de las mujeres. Sus tejidos de sedas guardan todo el encanto del incomparable color que esa raza lleva en sus ojos empapados en los matices de Oriente. El escaparate del centro donde se ven ejemplares de los vestidos, materialmente deslumbra. Entre

todos descuella un traje de señora turca. Es de raso blanco tan fuerte que parece un tejido de hilos de plata. El bordado de oro es un portento de delicadeza. Sobre este vestido cae una especie de levita de púrpura tan bella y tan recamada de oro que la mujer que la vistiese, aun con poca belleza, pareceria, realizada por aquellos reflejos, una huri del paraiso mahometano, vestida de estrellas. Pero al lado de esto hay saragüelles como los de nuestros hortelanos de Valencia; chaquetillas cortas bordadas como las de nuestros majós de Andalucía; largas túnicas de tosca lana rematadas por pieles como las túnicas de los habitantes de Rusia; y calzones bombachos de lana verde y ricas bordaduras de oro como los que llevan los grandes capitanes en nuestra fiestas populares de moros y cristianos. Permitidme aquí un recuerdo de mi infancia. En algunos pueblos de Valencia se dan estas fiestas, que consisten en simular una batalla dos dias seguidos, en tomar y perder un castillo; y á pesar de nuestra ortodoxia y de nuestro patriotismo, recuerdo que se sabia muy bien vestir á la manera mora y muy mal vestir á la

antigua manera cristiana: tan profundamente arraigados quedan en nuestra patria los recuerdos de la dominacion árabe. En la seccion de menaje son muy de notar los tapices y las alfombras. Vi allí un armario de madera de olivo maqueado de nácar, que me pareció verdaderamente notable. De candelabros, de platos, de pipas, de tacitas para café, hay infinidad de ejemplares. El mueblaje turco revela un pueblo indolente. Sus sillas son camas, donde el oriental se duerme y pasa una gran parte del dia en soñar despierto, con los ojos puestos en la techumbre y los lábios en la pipa.

IV.

En las esferas de las artes liberales, Turquía ofrece bien pocos objetos dignos de estudio. Los más notables son los instrumentos de música, muchos de ellos desconocidos entre nosotros. Sin

embargo, he visto dulzainas, tamboriles, castañuelas que me han recordado mi patria. Dice la comision turca en su informe que todas las músicas militares de Europa se proveen de címbalos en Turquía, y que la exportacion de estos instrumentos sube á muchos millares de francos. Calculan seiscientos mil por año. De imprenta apenas han presentado nada. Se enorgullecen de unos preciosos libros armenios; pero esos libros han sido impresos en Venecia. Los objetos de escritorio que en todos los pueblos civilizados han obtenido tanta variedad y riqueza, están allí en una impotente infancia. No conocen ni las plumas de ganso, ni las plumas de acero. Se sirven de cañas que necesitan cortar á cada momento y que mojan en tinteros llenos de tintas de muchos colores. Naturalmente, de pintura y de escultura nada pueden ofrecer. Algunos cuadros que hay son verdaderas sublevaciones contra la ley religiosa, que les prohíbe reproducir ni en la seda ni en el lienzo, ni en el mármol, los seres animados. ¡Qué reflexiones hacia ya sobre la tésis de si las inspiraciones artísticas provienen de la naturaleza ex-

terior, de la complexion fisiológica del hombre; ó provienen de sus ideas, y del desarrollo que las ideas reciben por la educacion!

Pertenece las razas meridionales, á estas razas que son esencialmente aptas para las artes plásticas. Viven rodeados de una bellisima naturaleza que ha sido la cuna de perlas donde se meciera la casta Vénus de la belleza escultural, la que ha engendrado á Fidias, la que ha cincelado los muros del Partenon. Los ojos de los turcos se pierden hoy en las cumbres de las montañas de donde descendieron los dioses del arte. En las adelfas del Bósforo aun está Dafne huyendo de los besos del Sol. En los arroyos que bajan de las montañas de Thesalia aun se dibuja el blanco y rosado cuerpo de la náyade que murmura en las cristalinas ondas. Si fuese verdad que el arte nace de la naturaleza exterior, y solo de la naturaleza exterior que rodea al artista, ¿cómo están ahí hace tres siglos los turcos y no ven las nubes de mariposas, la lluvia de flores que vieron los griegos, y con las cuales formaron esa corona de inspiraciones inmortales que la humanidad se ci-

ñe en los días de sus grandes festines para refrescar un tanto las abrasadas sienas? No son artistas plásticos, no son pintores, no son escultores, porque un dogma cruel é inflexible se lo prohíbe. Su propia complexion les llevaria á tallar esos mármoles que están pidiendo estatuas. Su cielo, sus mares, sus rios, sus montañas son el panorama encantado de la inspiracion, la ciudad eterna del arte. Pero su religion ceñuda, inflexible, uniforme como el desierto, les prohíbe reproducir los seres que han recibido del Creador el soplo de la creacion. Así la idea, el precepto moral triunfa del organismo, vence á la naturaleza. Los pueblos que no creen en la libertad, que no creen en la responsabilidad humana, son pueblos incapaces de la ciencia y de la industria. En los períodos de la infancia social brillan, porque sienten y creen; pero cuando llegan los períodos de la virilidad, que son los períodos de la razon, permanecen inmóviles en su infancia. Siguen sintiendo como los animales infusorios, encerrados en la gota de agua de sus creencias, cuando los pueblos viriles y maduros están pensando y han conquistado por

su pensamiento lo infinito. Para ver el abismo que hay entre la fatalidad y la libertad no hay sino mirar en la Exposicion el yanké y el turco. Aquel lleva en sus manos el cable trasatlántico; el rayo de Aláh, bajo el cual se encierra el hijo del serrallo, le sirve para enviar sus facturas de comercio á través del Océano al hijo de la libertad americana. La máquina es una potencia creadora de la industria, porque es una victoria sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Pero los turcos se han resignado á sufrir el yugo de leyes que no comprenden, y que por consecuencia no modifican con el progreso, y han vuelto en su vejez á la debilidad y á la impotencia de una infancia sin madurez ni crecimiento.